

*Cargos formulados por los aqueos contra Arato, y justificación de éste. – Resolución de la Asamblea aquea. – Proyecto ridículo del pueblo etolio.*

Apenas conocieron los megalopolitanos que los etolios habían acampado en torno a Metidrio, convocado el pueblo al son de trompeta, llegaron al socorro el día después de la batalla; y cuando creían que, vivos aún sus compañeros, podrían batir a los enemigos, se vieron en la necesidad de haber de dar sepultura a los que habían muerto. Efectivamente, cavaron un hoyo en las llanuras de Cafias, y amontonaron los cadáveres, hicieron las exequias con todo honor a aquellos infelices. Los etolios, alcanzada una victoria tan inesperada por medio de su caballería e infantería ligera, cruzaron después con toda seguridad por medio del Peloponeso. En esta marcha intentaron tomar la ciudad de Pelene, arrasaron los campos de Sición y finalmente hicieron su salida por el istmo. Tal fue la causa y motivo de la guerra social: el principio provino del decreto que todos los aliados reunidos en Corinto redactaron después siendo autor de la decisión el rey Filipo.

Pocos días después, reunido el pueblo aqueo en la asamblea acostumbrada, todos en general y en particular reprendieron amargamente a Arato de haber sido causa sin discusión de la derrota precedente. Pero lo que más irritó y exasperó al pueblo fueron los cargos que le hicieron los de la facción contraria, y las claras pruebas que de ellos daban. Sentaban por primer yerro clásico el que antes de tener en propiedad la pretura, y en el tiempo de su predecesor, se hubiese encargado de tales empresas, que por una repetida experiencia sabía se le habían malogrado: el segundo cargo, más grave aún que el precedente, era el haber licenciado los aqueos, cuando permanecían todavía los etolios en el centro del Peloponeso, y por otra parte se podía presumir que Escopas y Dorímaco no pensaban más que en turbar el estado presente y suscitar una guerra: el tercero era el haber venido a las manos, teniendo tan poca gente, y sin necesidad alguna que le forzase; cuando podía haberse refugiado sin peligro en el las ciudades próximas, reunir los aqueos y atacar entonces al enemigo, si lo creía del todo conveniente; el último y mayor de todos era que, ya que se propuso pelear, se había portado con tan poca prudencia y cautela en el lance, que sin aprovecharse del terreno llano, ni valerse de la infantería pesada, con sólo la ligera había dado la batalla a los etolios al pie de una montaña, cosa que no podía serles más ventajosa ni acomodada.

Esto no obstante, lo mismo fue presentarse Arato, y recordar los servicios y acciones hechas anteriormente a la República; dar satisfacción a los reparos, ya que no habían provenido por su culpa; pedir perdón, si alguna omisión había tenido en aquella jornada; y en una palabra, rogar se examinase sin pasión y con humanidad el asunto, se advirtió tan repentino y generoso arrepentimiento en el pue-

blo, que se irritó sobre manera contra los del bando opuesto que le acusaban, y en adelante siguió en un todo el consejo de este pretor. Todo esto ocurrió en la olimpiada anterior; lo que sigue pertenece a la olimpiada ciento cuarenta.

La decisión de los aqueos fue que se enviasen diputados a los epirotas, beocios, focenses, acarnanios y a Filipo, para que conociesen cómo los etolios, contra el tenor de los tratados, habían penetrado ya dos veces de mano armada en Acaya, e implorasen su socorro en virtud del convenio; que tuviesen a bien admitir a los mesenios en la alianza; que el pretor elegiría entre los aqueos cinco mil infantes y quinientos caballos; que socorrería a los mesenios, en caso que los etolios atacasen su país; y que, en fin, arreglaría con los lacedemonios y mesenios el número de caballería e infantería que unos y otros habían de suministrar para las públicas urgencias. Tomadas estas providencias, los aqueos sufrieron con constancia el revés que les acababa de ocurrir, y no desampararon a los mesenios, ni el proyecto que habían abrazado. Los comisionados para estas embajadas cumplieron con su encargo. Arato alistó la tropa aquea que prevenía el decreto, los lacedemonios y mesenios convinieron en contribuir cada uno con dos mil quinientos infantes y doscientos cincuenta caballeros; de forma que para cualquiera urgencia que pudiese suceder había un ejército de diez mil infantes y mil caballos.

Los etolios, llegado que fue el tiempo legítimo de la asamblea, reunidos tomaron la depravada decisión de hacer paces con los lacedemonios, mesenios y demás aliados para sustraerlos y separarlos de la amistad de los aqueos, y con éstos concertar un tratado, en caso que se apartasen de la alianza de los mesenios, o cuando no, declararles la guerra. El proyecto era el más ridículo del mundo; pues siendo a un mismo tiempo aliados de los aqueos y mesenios, si éstos vivían en amistad y concordia entre sí, declaraban la guerra a los aqueos; y si eran enemigos, hacían la paz separadamente con los mesenios: proyecto a la verdad tan extraño, que jamás se le ocurrió a ningún hombre iniquidad semejante.

Los epirotas y el rey Filipo, habiendo escuchado a los diputados, admitieron en la alianza a los mesenios; y aunque de momento se ofendieron de los excesos cometidos por los etolios, duró poco su sorpresa, por no ser extraordinarias, antes sí muy comunes, tales perfidias entre estas gentes. Efectivamente, su cólera no pasó adelante, y decidieron concertar la paz con este pueblo: tan cierto como esto es que más bien alcanza perdón una injuria frecuente y continuada, que una maldad rara y extraordinaria.

Los etolios, acostumbrados a este género de vida, eran unos perpetuos ladrones de Grecia; infestaban los pueblos sin declararles la guerra, y ni aun se dignaban dar satisfacción a las quejas; por el contrario, si alguno les reconvenía de lo que habían hecho o pensaban hacer, no sacaban otra respuesta que la mofa. Los lacedemonios, no obstante de que acababan de recobrar la libertad por la munificencia de Antígono y de los aqueos, y el reconocimiento les obligaba a no dar paso en contra de los macedonios ni de Filipo, con todo, despacharon por debajo de cuerda diputados a los etolios, y contrajeron con ellos una amistad y alianza secreta. Ya se hallaba alistada la juventud aquea, y los lacedemonios y mesenios se habían convenido en el socorro, cuando Escerdiledas y Demetrio de Faros salieron de Iliia con noventa bergantines, y pasaron de parte allá del Lisos, contra el tratado concertado con los romanos. Al principio abordaron a Pilos y, aunque in-

tentaron tomarla, no dio resultado. Después, Demetrio con cincuenta bergantines marchó contra las Cícladas, y bloqueando aquellas islas, de unas exigió un tributo, y a las otras las destruyó. Escerdiledas dirigió su rumbo hacia Iliria, y arribó en Naupacto con la escuadra restante, fiado en la amistad de Aminas, rey de los atamanos, con quien tenía parentesco. Allí, efectuado que hubo un convenio con los etolios sobre el reparto del botín por mediación de Agelao, prometió ayudarlos contra Acaya. Entraron en este tratado a más de Escerdiledas, Agelao, Dorímaco y Escopas, y ganando con maña la ciudad de Cineta, reunieron todo el pueblo etolio, e hicieron una irrupción en Acaya con los ilirios.